

Ana Henriqueta Terán: poetisa de la lengua

Antología poética mínima

ANA ENRIQUETA TERÁN

Compilación
Luis Alberto Angulo



Ana Henriqueta Terán: poetisa de la lengua

Antología poética mínima

Fundación Editorial



elperroylarana

MISIÓN



Cultura + Venezuela
¡Corazón adentro!

© Ana Enriqueta Terán
© Compilador: Luis Alberto Angulo
© 2.ª Edición: 2018, Fundación Editorial El perro y la rana, Capítulo Carabobo (Sistema de Editoriales Regionales) y Complejo Editorial Batalla de Carabobo, S.A.
© 1.ª edición, 2014 (digital): compilador: Luis Alberto Angulo.
Revista Álabe n.º 9 [www.revistaalabe.com]

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Complejo Editorial Batalla de Carabobo, S. A.

Av. Uslar entre Lara y Michelena. San Blas. Valencia, Edo. Carabobo.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección

Emilio Gómez
Mónica Piscitelli

Edición

José Rafael Zambrano

Corrección

Erika Palomino Camargo

Diagramación

María Fernanda Oyuela

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018001953
ISBN: 978-980-14-4342-1

COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA

La metáfora que nos multiplica en las costas del asombro, vasija multiforme, hecha arcoíris metálico, como un canto lunar sobre los caminos, como copla sembrada de sol para iluminar nuestra piel. Shabono alado, curiara de arcilla, lenguaje de aves, ceguera de mar, luciérnaga cósmica, sendero crepuscular, resplandor de agua. Eso es la poesía venezolana, ese es su cuerpo nacido de montes, hechizado de palmeras, esos son sus ojos tatuados de relámpagos, sus huellas tejidas de piedras. Desnudez de jeroglíficos y memoria florecida, la poesía venezolana es un lienzo extenso en el cual se han vertido todas las voces que forman nuestro imaginario y sensibilidad, desde el ritualismo y la magia de los pueblos indígenas, con la profundidad de su oralidad, pasando por las construcciones del verso hispánico, el vuelo de las coplas, las brumas del romanticismo y el misterio azul del modernismo.

Expresiones literarias que encontraron tierra fértil en la imaginación y el potencial creador de nuestros juglares, hasta las propuestas más irreverentes, experimentales y vanguardistas.

Para hacer de todas nuestras palabras posibilidad que conmueva, surge esta colección, tierra cosechada que ofrece sus páginas a la expresividad y manifestación libertarias de lo humano, esencia y aroma de la poesía en tres series: *Clásicos* reúne los referentes fundacionales; *Contemporáneos*, palabra de lo cercano, del fulgor y del viaje; y *Antologías*, ventana para la diversidad y las posibilidades del tiempo.

Ana Enriqueta Terán: poetisa de la lengua

Antología poética mínima

ANA ENRIQUETA TERÁN

Compilador
Luis Alberto Angulo



COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
BREVES

ANA ENRIQUETA TERÁN: POETISA DE LA LENGUA¹

LUIS ALBERTO ÁNGULO

Este año (2014) ha sido esencial en la vida de la escritora Ana Enriqueta Terán, tres de sus estupendos libros han sido publicados en los primeros seis meses. Uno de sonetos con dibujos de ella (*Otros sonetos de todos mis tiempos*, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Caracas); una novela (*Apuntes y congijas de una decadencia narrada en tres muertes*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas), y a finales del mes de junio –en el marco del XI Festival Mundial de Poesía de Venezuela–, la prestigiosa Biblioteca Ayacucho ha presentado en el n.º 252 de su Colección Clásica, a *Piedra de habla*, antología poética con prólogo de Patricia Guzmán, titulado *Ana Enriqueta Terán. Voz relampagueante de misterio y belleza*; amén de la profusa cronología y concienzuda compilación de las fuentes bibliográficas. También este año, el Museo de Arte Valencia (Muva), conjuntamente con la Red de Escritores de Venezuela y de un grupo de amigos de la poetisa, constituidos como comité preparatorio para la celebración del centenario de la escritora, le rindió un cálido homenaje el domingo 4 de mayo, aniversario noventa y seis (96) de su nacimiento en Valera, estado Trujillo, de la República Bolivariana de

1 La publicación original de este escrito se realizó en la revista digital *Álabe*, adscrita a la Universidad de Almería (España) en el n.º 9 (2014): enero-junio. Es oportuno destacar que Ana Enriqueta falleció en Valencia, Venezuela, el 18 de diciembre de 2017, en vísperas de su centenario, es decir, parafraseando uno de sus versos más emblemáticos: “casi contó hasta cien antes de retirarse”. Por otra parte, el 4 de mayo de 2018 se le rindió un sentido homenaje con música, cantos y un recital colectivo de sus poemas en la sede del Museo de Arte Valencia (Muva) para celebrar sus cien años, sintiéndola presente en esos espacios, en tanto se compartían tantos recuerdos vividos al amparo de su palabra magistral y de su amistad generosa. (Nota de la edición).

Venezuela. Este 2014 es entonces un ítem imprescindible tanto en la cronología como en la bibliografía de una de las voces mayores de la lengua hispana.

Nacida en 1918, y habiendo publicado *Al norte de la sangre*, su primer libro, en 1945, Terán es parte de la generación que realiza su obra fundamental en la segunda mitad del siglo xx, en lo que constituye el período más fértil, aunque bastante desconocido internacionalmente, de lo que hasta ahora conforma la gran poesía escrita en Venezuela. Tanto este libro, como uno anterior, que solo publicó muchos años después, *Décimas andinas* (1938), fundan su tendencia al cultivo de las formas clásicas de la versificación castellana, que en diferentes etapas manejó a profundidad, resaltando siempre la belleza y eficacia del idioma.

Prolífica y comedida al mismo tiempo, su labor creativa mantiene una tensión por la palabra, que la llevó a cultivar el verso blanco y la prosa poética, sin abandonar nunca las formas tradicionales a las que ha contribuido en un hacer que la establece como una verdadera clásica de nuestro tiempo. Asumiendo la herencia lírica española, Garcilaso de la Vega, Jorge Manrique, Luis de Góngora, Teresa y Juan de la Cruz (“los más poetas de todos los santos y los más santos de todos los poetas”), andan todos de su mano compartiendo, junto a la mexicana sor Juana Inés de la Cruz y con parte de la tradición viva de las llamadas “grandes poetisas del sur” del continente americano, a las que se articula con naturalidad en el período 1945-1951. En este período, Ana Enriqueta permanece en labores diplomáticas en Argentina y Uruguay. Por cierto, ella expresa especialmente reminiscencia por Juana de Ibarbourou, quien le prologa *Verdor secreto* (1949), también por Juvenal Ortiz Saralegui, prologuista de *Presencia terrena*, así como por otros dos creadores inolvidables de su universo, el chileno Antonio Undurraga y el español Rafael Alberti, exiliado político en Buenos Aires.

Ana Enriqueta Terán fue contemporánea de poetas latinoamericanos como el ecuatoriano César Dávila Andrade, el mexicano, Alí Chumaceiro y el argentino Alberto Girri, nacidos como ella en 1918. Fue coetánea, en sentido amplio, de muchos otros más de ese continente espiritual en construcción al que también aspiró. No obstante, el punto de encuentro con los poetas de su generación no es evidente, a menos que se señale la pluralidad como un elemento unificador de sus poéticas. De todo ese universo de esenciales creadores es con el poeta cubano José Lezama Lima —el más caribeño de todos— con quien comparte ese sentido arquitectónico del llamado neobarroco americano en nuestras literaturas. Este estilo es una visión que en Ana Enriqueta Terán surge de la contemplación de la grandiosidad del paisaje del sur y la sonoridad misma de la lengua de sus hablantes. Pero tal vez tenga que ver también —para ratificar su vinculación a la poética de Lezama Lima— con la infancia de Ana Enriqueta Terán en Puerto Cabello, paisaje que de alguna forma es similar al de La Habana. Quizás el contraste del mundo andino (de donde venía Terán) con la espacialidad que su mirada ofrecía del Caribe, determinó también lo que luego cobra sentido en su discurso poético de expresión latinoamericanista.

En este sentido, seis textos en *Otros sonetos de todos mis tiempos*, dedicados al felino de su hija Rosa Francisca, José Cemí, son reveladores de la aceptación de la naturaleza con esa analogía de la cual ella ha expresado sentirse orgullosa, en ellos se indica: “En el piso del alma quedó huella / de suavidad, José Cemí y espero / en el piso del alma hacerte espacio // para tu deambular dulce y severo. / Silencio tú donde silencio sella / gota de miel y acontecer despacio”.

En todo caso, no es ocioso afirmar que el talento verbal de Ana Enriqueta Terán ha sido prodigioso en todas sus etapas, desde sus inicios en plena adolescencia, hasta su solitario texto narrativo escrito

después de los ochenta años y editado en el 2014. Es comprensible, hasta cierto punto, entonces, que algún abordaje crítico la considere como *rara avis* en la expresión literaria de su país, pero, igualmente así se pudiera indicar en el panorama de la poesía latinoamericana. La genialidad lingüística que la ha acompañado siempre se evidencia en sus primeros libros: *Al norte de la sangre*, 1946, y *Verdor secreto*, 1949; e incluso en las *Décimas andinas*, escritas en 1938 y publicadas mucho tiempo después. Empero, la eclosión y madurez poética de Ana Enriqueta Terán se produce, a mi modo de ver, con *Presencia terrena* (1949) que la convierte en poeta de la lengua (o poetisa como ella prefiere asumirse desde el fértil castellano), de dimensión clásica con que es percibida por sus coetáneos. Sonetos como “A un caballo blanco” de factura perfecta, u “Oda VI” y “Oda”, la erigen junto a nuestras voces mayores.

Es a partir de ese libro que ella comienza un proceso escritural y de publicación de mucha contención, una verdadera lucha interior entre las polaridades en que se debate su creación desbordante, impelida, posiblemente, por el alto nivel de conciencia que este le genera. Cinco años más tarde publica, a su regreso a Valencia, *Testimonio* (1954), por solicitud de su amigo el poeta Felipe Herrera Vial, director fundador de *Cuadernos Cabriales*, que se inaugura con esa edición. Es un poema de ciento cuarenta y cuatro versos, escrito, cuatro años antes, bajo el influjo de su arribo al Nahuel Huapi, Neuquén, gran lago de la Patagonia, que la profusa cronología iniciada por José María Beotegui (esposo de A.E.T.) y ampliada en *Piedra de habla*, describe que fue escrito “a lo largo de una sola noche y como raptada”.

De bosque a bosque, el siguiente libro, lo publica en 1970, veintidós años después de *Presencia terrena* (1949). Poemas cardinales de este título son “Soneto del deseo más alto” y “Soneto intuitivo”, que junto al ya referido “A un caballo blanco”, se plantan en la cúspide de los grandes sonetos de todos los tiempos. No menos

capital, por otras razones, es “A un vendedor de ostras”, cuyo verso final de la primera y segunda estrofa al repetirse, queda sonando de manera perenne en el lector avisado “y con la imperfección de la belleza”. Ella no dejó de escribir nunca en ese largo espacio temporal de inmensa vitalidad. En París, ciudad donde reside durante el año 1953, había iniciado el poemario *Música con pie de salmo*, su primera obra en “verso libre” que dará a conocer en 1985, cuando ya había publicado el *Libro de los oficios* (1975) que a su vez son poemas escritos en 1967, en donde bajo el título premonitorio reunirá sus textos cuarenta y siete años más tarde:

La poetisa cumple medida y riesgo de la piedra de habla. / Se comporta como a través de otras edades de otros litigios. / Ausculta el día y solo descubre la noche en el plumaje del otoño. / Irrumpe en la sala de las congregaciones vestida del más simple acto. / Se arrodilla con sus riquezas en la madriguera de la iguana.

Luego de estos magníficos libros, Ana Enriqueta Terán asume el compromiso de compilar en *Casa de hablas* (1991) toda su obra publicada o inédita hasta ese momento. La magnitud que esto representa al reunir en un solitario tomo todos sus libros, ofreciendo allí una cantidad increíble de estupendo material inédito, hace que *Casa de hablas* se perciba como una gran antología —lo que es en realidad la obra por su calidad. Monte Ávila Editores Latinoamericana habrá de reeditarla, considerando probablemente la totalidad de la obra posterior reunida en *Albatros* (1992), *Construcciones sobre basamento de niebla* (2006), *Autobiografía en tercetos trabados con apoyos y descansos en don Luis de Góngora* (2007), y de *Otros sonetos de todos mis tiempos* (2014).

La posibilidad de edición de la obra poética integral de Ana Enriqueta Terán habrá de tomar en cuenta alguna vez, incluso, y ello no es un capricho totalizante, a sus *Apuntes y congojas de una decadencia*

narrada en tres muertes, la novela que ha publicado este año, que permite realizar una enriquecida lectura. La propuesta que se desprende de esta expresión la emparenta con la poética del decir puro, sin renegar de la fuerza gongorina que ha sostenido el sentido de la hermosa y firme palabra de quien es en este momento, hay que reiterarlo, una de las voces mayores de nuestra lengua.

A doña Ana Enriqueta Terán le fue concedido el Premio Nacional de Literatura de su país, después de los setenta años y cuando ya la Universidad de Carabobo le había conferido un doctorado honorífico. El hecho de que fuera tradicionalmente postergada de ese galardón tan merecido se convirtió en un tema periodístico en Venezuela. En una de esas ocasiones en que había sido preterida, alguien de la prensa escrita inquirió su parecer y ella respondió como quien le habla a la eternidad: “Mi pelea es con el ángel”. No obstante, ¿habrá que esperar el centenario de su nacimiento para que reciba en vida un reconocimiento universal?

BÁRBULA, 24/6/2014.

ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE CARABOBO Y DÍA DE SAN JUAN BAUTISTA.

ANTOLOGÍA POÉTICA MÍNIMA

Oda VI

La soledad me envía mensajeros de llanto,
los recibo en los mares nocturnos de mi pecho,
en los hombros del agua que crece hasta mis sienes
y en el oscuro limo de la entraña y del beso.

Camino con las olas y con el árbol dado
a la corteza muda que me hiere y me enciende,
camino con la tierra y un entreabierto goce
me lastima y conduce más desnuda la frente.

Alguien me dijo algo de bestias taciturnas,
de mares y tinieblas que azotaban mi rostro,
escuchaba su voz y buscaba su cuerpo
por altos corredores sin llegar a su lodo.

Existo. Me detengo para escuchar mi muerte
que viene por mi sangre como un hondo latido
mi muerte tiene en mí, cantos de mansedumbre
y secretas constancias del amor y el olvido.

Existo por mi muerte, para mi muerte y amo
libremente mi vida, libremente mi muerte
con su silencio en alas de ardientes mariposas
escucho, me detengo en sus frágiles sienes.

Y recuerdo la mar, siempre la mar echada
a la orilla de un árbol limpio como la vida;
el sueño con mesetas minerales y espumas
de soledad, la mar a ciegas por la orilla.

Puedo decir: “las rosas” y decir “estas rosas son de umbrales nocturnos de secretas fogatas abiertos en los llanos, o son rosas marinas de sentidos azules, sin rumbos ni distancias”.

Yo escuchaba las rosas porque si desde el sueño descontando matices y savias verdaderas, el olvido me daba con su primer recuerdo, memorias en la gracia de la sal y la tierra.

Que la ciudad entera viene de lo salobre lo digo, por mis sienes y por mi voz primera.

*PRESENCIA TERRENA. MONTEVIDEO: ALFAR, 1949.*²

2 Al final de cada poema se señala el libro del cual proviene con su respectiva fecha de publicación. (Nota de la edición).

A un caballo blanco

Qué fragor en las crines, qué lamento
de cuello hasta los belfos conquistado,
resbaladas llanuras al costado:
¡caballo blanco por mi solo intento!

Copian sus ojos el paisaje lento
y un árbol en el fondo gime anclado,
los tintes del azul y del morado,
trepan sus ancas, siguen en el viento.

Huye de mí, se pierde en la verdura
de las yerbas crecidas, adelanta
su pecho hasta el poniente y la espesura,

huye de mí como una racha oscura
y blanco desde el pecho a la garganta
en el fondo de mí canta su albura.

PRESENCIA TERRENA. MONTEVIDEO: ALFAR, 1949.

Soneto del deseo más alto

Necesito un anillo delirante
para la oculta sombra de mi mano,
un archivo de mar para el verano
y documentos de agua suplicante.

Para mi mano un riguroso guante
de piel de tiempo y pensamiento vano
y la mesa de juego donde gano
contra la muerte mi color menguante.

Una sortija de algas con países
y lenguas diferentes, con nocturnos
bisontes y cuadernos vegetales;

para mi mano los rebaños grises,
las edades de tactos taciturnos
y el pulso de los secos minerales.

DE BOSQUE A BOSQUE. CARACAS: EDITORIAL ARTE, 1970.

Zazárida

Zazárida es una ciudad frecuentada por el llanto.
Ciudad con estatura y manejos de sueño.
Ciudad como águila, un instante, amortajada en lo profundo.
Ciudad con perros agudos meando el aire y trágicas
[pertenencias:
la historia como sartas de coral sobre el balanceo de los
[viajes.
Un poco también humildad, párpados de nación muy poco
[amada.
Y también nuevo deleite para las grandes señoras negras,
especialmente para la vieja dama negra de mi amistad,
que respuntea colinas con su báculo de regio araguaney,
escenificando viejos tratos, restituciones, lóbregos sucesos.
Zazárida, ciudad de habla mayor difícilmente nuestra
en su oficio de FUTURO.

LIBRO DE LOS OFICIOS, POEMAS 1967. CARACAS: MONTE ÁVILA, 1975.

Queja y nostalgia del propio canto

El mar respira hondo en la casa abandonada.

Nuestra infancia alma mía
como el aroma
de una provincia desnuda.

Tan lunes y mi perro al relieve frente a tinajas lúgubres.
¡Oh! la solemne despedida el confuso adiós de lo que
[permanece.

Sin embargo
echo de menos otra nave
otros mares con pestañas de música.

El mar sobre esta playa abre y cierra sus abanicos eternos.
Él hunde su constancia en los muslos taciturnos.

Descubre en las axilas de la patria
algún olor de ciudad entrañable.

Deja a otros la queja múltiple: el águila ese hecho celeste
para humillación del torso desnudo. El mar respira hondo
en la casa abandonada. Crea sin regocijo nuevas formas
de silencio para el espectro nupcial que fluye y refluye
en el mármol sin belleza. El mar y yo alma mía
desconocemos este canto
esta bandera
inobjetable en su ritmo

alabada en su inmóvil libertad que a su vez desconoce
la involuntaria reverencia del jorobado al can del prostíbulo.
Más aún: vaciado en yeso los ojos de la prostituta ciega.

Y la paralizante lucidez de esta mar
de este fuego siniestro
en la palma de la mano.

MÚSICA CON PIE DE SALMO. MÉRIDA,
VENEZUELA: EDICIONES ACTUAL, 1985.

Personas y ropas claras

Se distingue entre todas. Casa del alma.

Casa bermeja revolando en lo oscuro, lanzando retos

sopesando odios: la rabia grande y burladeros de la dicha.

Casa de pasos resguardada por alientos del Sur. Ama el Sur.

Escoge trapos de lustre para inicio y doblaje de nuevos usos,

nuevas hablas acodadas en ventanales de bruma. Casa de

[hablas.

Casa con latigazos de monte en piso y risas

como puntos de eternidad entre personas y ropas claras.

Casa y plantaje de dureza. Último modo para lo permanente

[y exacto.

LIBRO EN CIFRA NUEVA PARA ALABANZA Y CONFESIÓN DE ISLA. 1967-1975.

EN CASA DE HABLAS. OBRA POÉTICA 1946-1989.

CARACAS: MONTE ÁVILA EDITORES, 1991.

Somos primos

—“Somos primos”, nos dice el bello loco
emergiendo de sus catedrales azules
de antiguos diálogos como señales en la niebla.
¡Ay! El desperezo de la noche en las galleras abandonadas.
El sombrío galope de los vencidos caballeros.
La confidencia de las ancianas vírgenes:

—“Nos entregaron polainas y espuelas de oro”.

MÚSICA CON PIE DE SALMO. MÉRIDA, VENEZUELA: EDICIONES ACTUAL, 1985.

Modo de irse

Interrumpa la flor, deje su luz (la de la flor) en lo afilado del
[verbo;
no sucumba a las nuevas dichas, abrace tan solo el árbol.
Aprenda del follaje modo de irse, seguir ondas,
escalones, pisos de aves.
Instruya sus labios con frutas oscuras; úntelos de tinieblas.
Escoja de cada nube lo que perece y se ciñe al viento
y cubre días, pasos, sonoridades anteriores.

LIBRO DE JAJÓ, 1980-1987.

EN CASA DE HABLAS. OBRA POÉTICA 1946-1989.

CARACAS: MONTE ÁVILA EDITORES, 1991.

El nombre

Como quien escribe una oración y pide en la oración mucha
[humildad
y un extenso aliento para resistir el brillo y cercanía de la
[PALABRA.
Es mi oficio y la frase resulta de arena negra con respuntes
[de oro.
Y pide en la oración mucha obediencia y la aceptación del
[nombre.
No la firma, sino el nombre completo en los calveros de
[poema:

ANA TERÁN.

ANA TERÁN MADRID.

ANA ENRIQUETA TERÁN.

Me gusta este nombre. Esta soledad y raro artificio que se
[desprende
de mí hacia la profecía. Que es yo misma recorriendo las
[islas,
el espacio comprendido entre mi desamparo y las escamas,
[anillos
y mordeduras del CLIMA.

LIBRO DE LOS OFICIOS. POEMAS 1967. CARACAS: MONTE ÁVILA, 1975.

Se me olvidó la risa, clara risa

Se me olvidó la risa, clara risa
para informar banderas contra el viento
o suspender las aves, dulce intento
de volver seda lo anterior a brisa.

De volver seda pálida sonrisa
acosada de mitos y momento
de traspasar el singular lamento
queja inútil, sagrada, con la prisa

de quien ha de partir y le da paso
a la vieja querella imaginada
más que cierta en el ámbito preciso

de no querer ya nada, nada nada...
o solamente recordar un trazo
de luna en la tiniebla sosegada

de este octubre en la casa y en el piso.

“CASA DE HABLAS”, 8 O 9 DE OCTUBRE DE 2013,

OTROS SONETOS DE TODOS MIS TIEMPOS.

CARACAS: CASA NACIONAL DE LAS LETRAS ANDRÉS BELLO, 2014.

Ensimismada lucidez

Borra símbolos para hallar centro de luz en presencia fija.
Intuye presencia y nunca tanto caracol asfixiado en espirales
[de nada,
ideando modos, gesto o palabra, para ver, solamente ver...
Nunca tanto implorar por tactos que tropiecen en algo,
alguna señal de textura ardida
para ver, solamente ver.

CONSTRUCCIONES SOBRE BASAMENTOS DE NIEBLA.

CARACAS: MONTE ÁVILA, 2006.

Soneto cincuenta

Definitivamente estoy despierta
en un claro de patria donde abrazo
mis dos casas terribles y rechazo
planchada luz de página desierta.

Digo y lo dicho me asegura el paso
que atraviesa la rosa y la convierta
de creatura perenne y entreabierta
en ave fija de enlutado trazo;

digo como una planta que obedece
en sueños y enseguida restablece
bestia tupida, sorda, desligada,

inútilmente libre, enmarañada.
Sobre lo escrito, girasol o nada.
Sin embargo, lo escrito permanece.

*AUTOBIOGRAFÍA EN TERCETOS TRABADOS CON APOYOS
Y DESCANSOS EN DON LUIS DE GÓNGORA.
CARACAS: FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2007.*

La poetisa cuenta hasta cien y se retira

La poetisa recoge hierba de entretiempo,
pan viejo, ceniza especial de cuchillo;
hierbas para el suceso y las iniciaciones.
Le gusta acaso la herencia que asumen los fuertes,
el grupo estudioso, libre de mano y cerrado de corazón.
Quién, él o ella, juramentados, destinados al futuro.
Hijos de perra clamando tan dulcemente por el verbo,
implorando cómo llegar a la santa a su lenguaje de neblina.
Anoche hubo piedras en la espalda de una nación,
carbón mucho frotado en mejillas de aldea lejana.
Pero después dieron las gracias, juntaron, desmintieron,
retiraron junio y julio para el hambre. Que hubiese hambre.
La niña buena cuenta hasta cien y se retira.
La niña mala cuenta hasta cien y se retira.
La poetisa cuenta hasta cien y se retira.

LIBRO DE LOS OFICIOS. POEMAS 1967.

CARACAS: MONTE ÁVILA, 1975.

Reivindicación de la sal en la mujer de Lot

Ella soy yo y me sustenta el hecho
de haber sido columna y fuego escrito
en páginas de niebla y manuscrito
harto de sombra en trazo contrahecho.

Muletas para oír decir estrecho
y maneras dispuestas para el mito;
cómo realzar lo simple y hacer trecho
entre labiajes de placer descrito.

Entonces por la abeja: miel, fragancia
por el árbol, su cresta libre y suelta:
por la piedra su altor de profecía.

Y más allá, en aras de la infancia
mujer vieja se yergue y se da vuelta
para hacer de la sal estatua y guía.

EXTRAVAGANCIAS LÚDICAS. CARACAS: BIBLIOTECA AYACUCHO, 2016.

Estoy en mí, pensando en el vivir

Estoy en mí, pensando en el vivir
de este efímero cuerpo que fatigo,
más allá del silencio y de la sombra
vegetal que me hiere y acompaña,
más allá de la vida y de la muerte
y de la savia de verdor inerte.

Estoy aquí para saber del mundo
y para hallar el cuerpo del amor
que es pan y sal y puro vino triste;
me marcho con la hierba y con su Gracia,
de flébiles sustancias amorosas,
por la corriente pura de las rosas.

¡Ay! la tierra es la ardida, sí, la ardida
con serena corteza de manzanos
y de viñedos limpios y corderos
que por los vientos desatados sueña,
y la fugaz entraña desvestida
es tierra en tierra y vida sobre vida.

Porque es la vida un manantial de voces
y la muerte pradera de silencio
y estructura febril y sumergida
la misteriosa lumbre de los huesos,
por eso estoy aquí y en lo profundo
escucho el denso crepitar del mundo.
Sois dueños de la tierra, soy la tierra
y vegetales sombras me acompañan.

Estoy lejos de todo, del dolor
y solo escucho músicas vitales
de poderosos montes levantados
hasta mis ojos más y más llagados.

Pero no, no soy yo ni es él quien llora
y ríe en cada borde, en cada célula
misteriosa y sombría en cada hilo
de mis cabellos, ¡ay! soy yo quien canta,
la garganta sumida en maravillas
y en rumorosas mieles las rodillas.

Estoy mucho más lejos de mí misma
que de los anchos ríos limitados
por labios de verdor y conmovidos
por cristalinos peces, más lejana
de mí que de los saltos aromados
en montes nuevos de álgidos venados.

Soy yo, soy yo quien ama, dadme paso
y no toquéis mi sangre, mi sonrisa
que desembocan tibios en mi pecho
grandes lagos, mesetas taciturnas
y sucesos de bestias verdaderas
al borde de altas hierbas y riberas.

SONETOS DE TODOS MIS TIEMPOS II. 1947.

Venezuela es su casa

Homenaje a Enriqueta Arvelo Larriva

Ella no es la flor sino la ojiva de la flor.
No es el arco, sino la respiración de la piedra.
No es gota de rocío, sino la palpitación de la luz.
No es huella distante de la luz, sino la impronta del alma.
No es ventanilla nasal, sino escogencia y latitudes de aroma.
Se percibe de propio tacto en la más absoluta delicia.
Se declara total en página y encarnaduras de lo blanco.
VENEZUELA ES SU CASA.

EXTRAVAGANCIAS LÚDICAS. CARACAS: BIBLIOTECA AYACUCHO, 2016.

Epílogo (fragmento de novela)

*Despacio, Manuela,
con buena letra,
ahora le toca a usted.*

En esta casa no se muere nadie; pero comencemos por la luz a través de follajes que si se miran desde abajo, forman un entramado de grises, violetas, verdes tiernos, todo en ondas y sesgaduras de viento, que también reflejan en suelo limpio y esta luz será en las páginas como luz en los cuadros de Velásquez; y Vermeer pondrá una pincelada de recuerdo cuando Ama Ina desde una lechera en alto, y en chorro continuo y delicado verterá en la escudilla de cada quien la leche recién ordeñada de la vaca Alcamonera.

Ni a gentes, ni animales, ni a cosas se les conocerá fin. No se podrá decir Ana Ina murió en tal parte, o Isabel María enfrentó destino de tal manera.

Todo quedará preso en las páginas: allí el águila de doña Juana Teresa, zapatos vivos de Niña Candela y zapatos vacíos de los que murieron. El yagrumo (*Espectabilis humera*)³ follajes vueltos al revés. Collar rojo luciendo fino en el escote de Manuela; sarta de corales que cayó al suelo y no se perdió ni una cuenta; ahí estaban todas y algunas sutilmente engarzadas en la suturas del enladrillado.

3 La palabra yagrumo puede referirse al árbol *Cecropia peltata*. Muy común en toda América, en las selvas nubladas de los Andes. (Nota de la Edición).

También Ama Ina y también en el mirador: “Ahora atraviesa el río; ahora el repecho de los naranjos amargos, ahora el camino real por entre tablones de caña; ahora donde se estrecha el camino y sube hasta el río enraizado en tres piedras enormes; ahora helechos milenarios dejados en sitio cuando fundaron la casa; ahora uñas de danta berreando de excesos y sigue el paño de las flores menudas”.

Rosa única de Doña Juana Teresa con cuajaduras de perfumes en la inmovilidad del centro. El zamuro de Don Arnulfo como arrancando vuelo para el árbol próximo.

Allí, el jardín con plantas que se recuerdan una a una; caladios, heliotropos, hibiscos, hechos bellezas a través del color y la efímera textura del pétalo. Dice Manuela: “Se suplica, a quién se suplica ¿a usted, lector futuro?”

“Arrodílese conmigo ante el samán cumplidor de sombra, en el tatuaje del suelo y usted lector futuro conocerá el aroma de ese año 1912 y la primera visión de un guanaco en un diccionario Larousse de esta MI CASA, mi vientre materno indestructible.” Allí, un misterio menor, las esmeraldas de Camuzo, el sapo gigante que se alimenta de falenas, la cornamenta de Candelito, toro mítico, colgada de una viga.

Allí, los espejos: el grande del comedor; el de la entrada “que reflejó el espejo cuando él regresó (el que había matado) y entró, mejor, cruzó el umbral y es posible se mirara y qué gesto de sí mismo, qué imagen de sí mismo quedó grabada en propia retina y en la esplendidez del espejo, luna de cristal de roca cuyo espesor se medía con el pulgar, un centímetro y medio hasta el azogue y después el infinito de la luz.”

Espejo de la sala, el más secreto, íntimo y poco usado “salvo para el ensayo de actitudes; levantar la barbilla, echar la cabeza atrás; mirarse los dientes, (no con sonrisa sino atornillando las comisuras). Se sacan por los dientes, aseguraban los ancianos.”

Allí, Niña Chayo: “Tantos deseos y ninguno se cumplió. Pintar, tocar maderas nuevas, trabajarlas, porque caoba, cedro, otras maderas duras eran conocidas por mí solo de tacto”.

“De repente ya no quería saber del tacto; entonces acudí al sonido de la voz: (la voz de mi medio hermano). El sonido de cuando se quitaba las polainas y después las botas; polainas con olor a caballo. Sudor de caballo en la entrepierna del pantalón. Pantalones de montar”.

Los deseos del olfato se cumplían en los moradores: olor de culantro de monte, olor de cambur pelado, olor de carne puesta a fritar a la ligera, con aliño y todo. Olor a naranja, refrigerante y precioso; olor del jazminero familiar, casi neblina de alma.

Allí, Eusebio Castejón: “Zapatero de primera y conocedor de los pies, bellos o feos, de todos los principales del pueblo. Pies juanetudos, pies con callos, sabañones, malformaciones congénitas y sobre todo el pie equino de Isabel María”.

La mansedumbre de la intimidad de la casa era el espacio perfecto para el andar, con tachaduras de Isabel María. Su presencia, como una aparición, siempre vestida de blanco, siempre con un rumor de encajes, siempre con su bamboleo de flor al caerse de su sitio de viento”.

Allí, la niebla: “Fue cuando el día perdió su luminosidad y la niebla se fue apoderando de a poquito de los corredores, o tal vez efectos de luz mezclada con niebla, hizo aquella penumbra tan acorde al entorno, con las cuatro velas encendidas en las cuatro esquinas del mesón.

La niebla seguía casa adentro, hasta llegar a las habitaciones, aposentarse a ras de suelo y salir, despacio, muy despacio por los ventanales y borrar, casi borrar, las plantas de los jardines interiores”.

Allí, la abuela ordenó el ataúd: “Caoba de la hacienda cortada setenta, ochenta años atrás. Madera de caoba. Desempolvieron

las tablas hechas con hachuela, que olían a sábanas de piedad para aquel cuerpo de gigante con pecas de herrumbre, mejor dibujadas ahora que en propia vida. (‘Quiero ponerle otro nombre, pero se llama Diego y es DIEGO’). En ese día aciago cada momento se hizo eterno; tomó la impronta de lo eterno en la presencia del tordito que llegó defecó y se fue”.

Allí, maderas: la caoba se prefería para las cunas y los ataúdes. Allí, el instante en que niña Isabel diría: “Bajen la tapa”.

Allí, la madre de Niña Candela: “Soleada e irresponsable como una ondina o una náyade de los entresijos del río; como alguien que nunca conoció el dolor, ni se alivió con extrañas mixturas de remordimiento”.

Tenía altar; rezaba sus oraciones, como inmensos ramos de alabanza, formados por lo inocente y perfumado del mundo. Plegarias salidas a través de labios hechos para la risa, no para la sonrisa, sino más bien para el convencimiento de que la vida es sabor, sonido, caricia acumulada en la punta de los dedos. La vida como susurro de palabra más que música en el oído; como fruta y mirar un pájaro de vuelo alto y cola larguísima.

Usted, madre de Niña Candela, camina por primera y última vez en esta página, usted que se hundirá para siempre con su hijo loco en este reino de utopías y su hijo loco cuando usted lo iba a visitar, al verla le gritaba: “puta puta”, y usted se reía, con esa risa suya llena de cristal y le ofrecía la rosa que usted le había traído y él, loco furioso, respetaba la rosa y se la acercaba al aliento.

Allí, Doña Juana Teresa, Doña Juana Teresa, Doña Juana Teresa... Su águila, su rosa interdiaria.

Allí, los animales con nombre y los otros con ritos trasfondo de misterio.

Y aquí, ahora mismo, Manuela cierra la última página, escribe la palabra FIN y se queda muy alta y muy pálida, como alguien que se desangra en la luz.

APUNTES Y CONGOJAS DE UNA DECADENCIA NOVELADA EN TRES MUERTES, 2014.

Bibliografía

- Angulo, L. A. (1994). *Rostro y poesía, poetas de la Universidad de Carabobo*. Valencia, Venezuela: Oficina del Cronista de la UC.
- Angulo, L. A. (2000). *Revista Nacional de Cultura*. n.º 313.
- Angulo, L. A. *Revista Redve*. Año 1. n.º 1. Dic. 2005.
- Angulo, L. A. y Gómez. (2005). “L. E. El corazón de Venezuela: Patria y Poesía”. *Redve*. En Colección Oromae. Venezuela: Ediciones de la Presidencia de la República. 2009.
- Angulo, L. A. (2014). “Ana Enriqueta Terán: poetisa de la lengua”. *Revista Álabe* n.º 9. Edición digital.[www.revistaalabe.com].
- Terán, A. E. (2014). *Piedra de habla*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Colección Clásica. n.º 252. 364 págs.
- Terán, A. E. (2014). *Otros sonetos de todos mis tiempos*. Caracas: Casa Nacional Andrés Bello, p. 166.
- Terán, A. E. (2014). *Apuntes y congojas de una decadencia novelada en tres muertes*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Terán, A. E. (2016). *Extravagancias lúdicas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Índice

“Ana Enriqueta Terán: poetisa de la lengua” por Luis Alberto Angulo	9
Oda VI	17
A un caballo blanco	19
Soneto del deseo más alto	20
Zazárida	21
Queja y nostalgia del propio canto	22
Personas y ropas claras	24
Somos primos	25
Modo de irse	26
El nombre	27
Se me olvidó la risa, clara risa	28
Ensimismada lucidez	29
Soneto cincuenta	30
La poetisa cuenta hasta cien y se retira	31
Reivindicación de la sal en la mujer de Lot	32
Estoy en mí, pensando en el vivir	33
Venezuela es su casa	35
Epílogo (fragmento de novela)	37
Bibliografía	43

EDICIÓN DIGITAL
Octubre de 2018

Caracas - Venezuela

ANA ENRIQUETA, NUESTRA POETISA ESENCIAL

Radicada durante décadas en Valencia, la de Venezuela, Ana Enriqueta Terán –nació en 1918, en Valera (Trujillo), y falleció en 2017, en Valencia (Carabobo)– fue el eje de un carrusel poético que abordaron muchos de nuestros escritores y amigos de las artes, seguidores de su talento prodigioso y de su labor creativa, que unió lo eterno con lo cotidiano, la forma con el fondo, la vastedad y sus detalles. En 1989, recibió el Premio Nacional de Literatura y también un Doctorado Honoris Causa (de la Universidad de Carabobo). En 1946 ingresó al servicio diplomático, lo que le permitió conocer a Juana de Ibarborou en Uruguay, a Rafael Alberti en Argentina, y en París al grupo de “Los Disidentes”.

El poeta Luis Alberto Angulo, barinés de origen, pero tan valenciano como el río Cabriales (como nuestra poetisa homenajeada: trujillana de origen, pero “valenciana en mis afectos”), acucioso estudiante de sus versos y prosas, ha puesto sobre la mesa esta antología poética mínima que había seleccionado en 2014. En palabras de Ramón Núñez: “... nos propone un acercamiento a esta poetisa fundamental de la literatura venezolana, (...) estos poemas son a un tiempo un encuentro personal del poeta Angulo con ella y sus palabras decantadas, pero también un llamado de atención a otros apasionados de la obra de Ana Enriqueta en lo que se refiere a coincidencias y entusiasmos. En cuanto a los que recién llegan al encuentro con Ana Enriqueta, e imaginamos a tantos jóvenes en principio, pues, he aquí una selección atinada para apropiarse de unos versos para la vida y que comiencen ellos una búsqueda personal entre tantos otros poemas de Ana Enriqueta para sugerir, por qué no, nuevas antologías, es decir, otras fraternidades y compartir a partir de Ana Enriqueta y sus palabras esenciales.”

LUIS SALVADOR FEO LA CRUZ P.

